

Originalmente para: colecção Redes & Enredos, nº 10, dirigida por Maria Teresa Meireles, Apenas Livros (no prelo)

Tiempo de silencio

José Luis Polanco

RESUMO

Partindo da sua experiência de docente e leitor, José Luís Polanco reflecte, com a serenidade que o caracteriza como educador, sobre o paradoxo entre o exercício silencioso, individual e reflexivo que o acto de ler pressupõe e o ruído, velocidade e saturação de informação que a sociedade de consumo em que vivemos nos impõe. Partindo da observação do leitor na relação directa com o livro, o autor interroga-se sobre como este acto solitário nos põe em comunicação com o mundo, como nos permite aceder ao significado, iluminar pontos de vista, posicionarmo-nos criticamente face ao lido. Sugerindo o tempo e o silêncio como chaves importantes no trabalho de mediação ele convida-nos a olhar para os muitos profissionais que acreditando na transcendência social do seu trabalho, conseguem pela paixão, prudência e astúcia, possibilitar o acesso a experiências de fruição estética significativas e apoiar muitas e diferenciadas trajetórias de leitura.

Vivimos en un mundo de bullicio y de ruidos, en un entorno saturado de imágenes y de información. En los medios de comunicación, las noticias se suceden con velocidad de vértigo, atropellándose unas a otras. En las librerías, unos libros empujan a otros para hacerse un hueco en los estantes. Parece no tener fin la oferta de música, de películas, de videojuegos, de libros; casi todos ellos de rápida elaboración, destinados al consumo veloz. Ante esta avalancha de mensajes y estímulos, nuestro tiempo se esfuma y nuestra capacidad de percepción se volatiliza.

Es posible que, como algunos afirman, las nuevas tecnologías estén consiguiendo que los cerebros de los jóvenes sean más ágiles, que les permitan viajar mucho y visitar todos los lugares. Más dudoso es que estén teniendo la posibilidad de detenerse a contemplarlos, de verlos en profundidad.

Los niños y los jóvenes que acuden diariamente a las aulas están permanentemente sometidos al asalto de la publicidad; expuestos, y acostumbrados, a una contaminación que es no sólo auditiva sino visual. Pensemos en los bares, en las grandes superficies comerciales, donde el sonido de las pantallas de televisión pelea por imponerse al de las cadenas musicales y al de los mensajes publicitarios. El entorno en que vivimos está

configurado por la omnipresencia de ordenadores, teléfonos móviles, videoconsolas, MP3, televisores; en una actividad que no conoce el descanso.

El estilo de vida que llevamos nos exige a menudo un esfuerzo intenso y un caminar apresurado. Queremos llegar cuanto antes a los sitios a los que vamos. Amontonamos actividad y experiencias con la misma codicia con que adquirimos artículos de consumo. Nunca disponemos de tiempo suficiente para hacer todo lo que quisiéramos. “Cuando las cosas suceden con tal rapidez, – escribe Milan Kundera en *La lentitud* – nadie puede estar seguro de nada, de nada en absoluto, ni siquiera de sí mismo.”

A la orilla del tiempo

Con este panorama como telón de fondo, quisiera colocar el punto de mira de mi reflexión en la necesidad de buscar un poco de calma y de sosiego, de darle la espalda al ruido y a las constantes distracciones del día a día.

Las escuelas y los institutos deberían ofrecerles a los niños y a los jóvenes un tiempo distinto. En especial, el tiempo de la lectura, que debería ser un interludio, una pausa. La biblioteca, un rincón de paz alejado del frenesí bullicioso; un lugar donde el tiempo pueda fluir de una manera más espontánea, sin las prisas y las urgencias que caracterizan la vida cotidiana. Nos colocamos, allí, a la orilla del discurrir impetuoso del tiempo, de su fuerza violenta que todo lo arrastra; a la orilla de la historia de cada día, buscando un remanso de paz.

Porque la lectura precisa un tiempo diferente, el de la lentitud y la parsimonia. El libro es el tiempo de la lenta sorpresa. A fuego lento cocina el escritor su historia, a fuego lento la disfruta el lector.

La dureza del árbol, su lenta madera, cuenta de la constancia con que se fue haciendo. Únicamente lo que así crece consigue echar raíces profundas y abrir sus brazos hacia la luz. Puede entonces ofrecernos el sabor de sus frutos, el color de sus hojas, el frescor de su sombra.

El silencio y la ausencia de prisas nos permiten a los lectores, mágicamente llegados a un lugar que nadie conoce excepto uno mismo, oír como sólo pueden hacerlo quienes se han entregado radicalmente a la contemplación y a la escucha; allí donde los sonidos exteriores e interiores, el mundo del libro y el del lector, se confunden. “La literatura es esencialmente soledad –recuerda Paul Auster-. Se escribe en soledad, se lee en soledad y, pese a todo, el acto de la lectura permite una comunicación profunda entre los seres humanos.” La biblioteca es un buen lugar para estar solos pero sin dejar de estar acompañados, en medio de personas con ciertas afinidades, cada una ocupándose de algo que sólo a ella le concierne.

Así sucede en *El gran silencio* (2005), la película de Philip Gröning, que cuenta la vida en un monasterio de Grenoble, en los Alpes franceses: una cámara contempla el paso de las cuatro estaciones del año.

Es el silencio, que se va agrandando en la oscuridad de la sala, el que nos permite a los espectadores, llegados del estruendo de los claxones y el estrépito de la ciudad, escuchar el sonido de un grifo que gotea, los pasos de un monje en el claustro solitario,

el tañido de una campana, las voces graves del coro. Contemplar, absortos, la luz que sigilosa se filtra por las altas vidrieras de la iglesia, una planta que germina en el huerto, la nieve que cae sobre los campos, la escritura de un pájaro sobre la página blanca, el lento discurrir de las nubes sobre el fondo azul del cielo.

Todas esas cosas que están a nuestro lado y que pasan desapercibidas ante nuestros ojos, esclavos de las urgencias y obligaciones de cada día.

Me viene a la mente la imagen de *El cartero de Neruda*, el libro de Antonio Skármeta, cuando el poeta chileno, al cabo de un tiempo de haber sido nombrado embajador en París, siente el nuevo cargo y la ciudad como una opresión. Recordáis: cuando le envía una grabadora a Mario Jiménez, el amigo que quedó en la isla, y unas palabras en las que le pide los sonidos que en la distancia añora. El mismo S.O.S. que tantas veces los lectores les lanzamos a los libros.

«Quiero que vayas con esta grabadora paseando por isla Negra, y me grabes todos los sonidos y ruidos que vayas encontrando. Necesito desesperadamente aunque sea el fantasma de mi casa. Mi salud no anda bien. Me falta el mar. Me faltan los pájaros. Mándame los sonidos de mi casa. Entra hasta el jardín y deja sonar las campanas. Primero graba ese repicar delgado de las campanas pequeñas cuando las mueve el viento, y luego tira de la soga de la campana mayor, cinco, seis veces. ¡Campana, mi campana! No hay nada que suene tanto como la palabra campana, si la colgamos de un campanario junto al mar. Y ándate hasta las rocas, y grábame la reventazón de las olas. Y si oyes gaviotas, grábalas. Y si oyes el silencio de las estrellas siderales, grábalo. París es hermoso, pero es un traje que me queda demasiado grande. Además, aquí es invierno, y el viento revuelve la nieve como un molino la harina. La nieve sube y sube, me trepa por la piel. Me hace un triste rey con su túnica blanca. Ya llega a mi boca, ya me tapa los labios, ya no me salen las palabras.»¹

El tiempo de la lectura

Los chicos van llegando a la biblioteca desde las aulas, su lugar habitual en el instituto. Abandonan el sitio de siempre para ir al encuentro con los libros. Está bien que así sea, que también en este detalle aparentemente nimio vivan la metáfora de la lectura como un viaje. La puerta de la biblioteca está abierta. El profesor lee. Pacientes, los libros aguardan. Con frecuencia, los chicos entran atropelladamente; pero, enseguida se van tranquilizando, abren sus libros y se hace la calma.

La lectura funciona como la música, nos arrulla suavemente, nos mece con sus compases, hasta que sin que nos hayamos dado cuenta, el tiempo y el espacio del mundo real, el tiempo escolar, las paredes de la biblioteca, la presencia del profesor y de los compañeros, se van desvaneciendo, para ser sustituidos por un espacio y un tiempo nuevos, los de la ficción.

¹ SKÁRMETA, ANTONIO: *El cartero de Neruda*, Plaza y Janés, Barcelona, 1995. Pág. 95.

Es ésta una hora con vocación de soledad y de silencio, de tiempo detenido. Pronto no se oirán otros sonidos que aquellos que a cada cual le llegan del libro que está leyendo. De vez en cuando, algún chico se dirige a las estanterías buscando una nueva lectura. El susurro del profesor haciéndole un comentario, ofreciéndole un consejo, recomendándole otro libro. A veces, un sonido que llega de fuera viene a distraernos; pero, de nuevo se rehace el silencio.

En ocasiones, cuando están embebidos en la lectura, les observo mientras leen: absortos en las páginas del libro, arrebatados por la magia de la lectura, dioses en el paraíso al resguardo de todas las inclemencias.

En la cara del uno, imagino, el asombro del niño que, más allá de las altas dunas, ve por primera vez el mar. En otro, la sonrisa cómplice con los personajes de Roald Dahl. En un rostro, la desesperación de la madre de Gregorio Samsa convertido en insecto. En otro, el pánico de un loco borracho, un gato negro a su lado, un nudo en la garganta y el corazón en un puño por culpa de unas páginas de diabólica belleza.

Me gusta imaginar qué delicias estarán disfrutando, penando qué tristezas; a qué tormentas se estarán enfrentando, librando qué batallas.

Siento entonces, mientras leen, que este tiempo *perdido* merece la pena. Y yo vuelvo a mi libro, a la compañía de un Miguel Torga joven, recordando su infancia campesina.

«Me pasaba los días en una especie de actividad febril, recorriendo la sierra de punta a punta.

– Pero ¿qué necesidad tendrás tú de correr tanto, de castigar así el cuerpo?

– Yo sé lo que me hago.

No lo sabía, pero seguía yendo. Y una vez alcanzaba la cumbre más alta, la peña más escarpada, me quedaba horas y horas echado al sol, mirando el azul purísimo del cielo.

Nunca había tenido tiempo para mirar detenidamente las cosas y los seres. Y me desquitaba finalmente de esa hambre profunda, siguiendo maravillado los pasos cautos y soleados de una lagartija, los trámites de una flor que se abre, la marcha espesa y morosa de una nube. Y si no descubría el sentido último de cada fenómeno, de cada estremecimiento, por lo menos conservaba la emoción de haberlos sorprendido. Embrutecido en la niñez y esclavizado en la adolescencia, únicamente ahora podía renacer en cada brote, correr al lado de cada arroyo, volar junto a cada ave. A veces sólo sentía la voluptuosidad de un escalofrío. Una especie de temblor alarmado de la carne.»²

El tiempo de la lectura es el de la atenta escucha, el de la tensa espera. La sensación de encontrarse extraviados, de estar perdidos en otro mundo distinto al de todos los días: en la cumbre de una montaña, en una selva frondosa, en una isla lejana, en un jardín íntimo. Tiempo despreocupado y feliz, muchas veces; otras, consciencia dolorosa de seres frágiles que perdieron el paraíso de la inocencia.

² TORGA, MIGUEL: La creación del mundo, Alfaguara, Madrid, 2006. Pág. 173.

Porque con los escritores, visitamos lugares pensados para el gozo; pero, también, con ellos nos perdemos en los bajos fondos de la condición humana y nos encontramos ante los más oscuros secretos del alma, allí donde nunca habiéramos sospechado llegar. Ellos quitaron la venda que cubría nuestros ojos confiados, hicieron que se desvaneciera la niebla que nos impedía ver con claridad, nos apartaron de la costumbre, del tedio de la vida repetida. Y nos ayudaron a ver la realidad desde una perspectiva nueva, desde la novedad y el asombro, desde la pasión por las cosas y los seres. Despertaron nuestra curiosidad, nuestros deseos de conocer, nuestras ansias de vivir otras vidas. Nos enseñaron, sobre todo, a sentir.

Maestros de lectura

Ante el ruido y la furia del exterior, los maestros, los profesores y los bibliotecarios, también los padres, debemos apostar por el sosiego y la reflexión. En estos momentos en los que tan cegados estamos con los inventos electrónicos, quiero reivindicar la figura del maestro de lectura.

En un hermoso libro titulado *La experiencia de la lectura*, el profesor Larrosa nos habla del maestro como un tentador, un seductor. Cuando se refiere a su labor, escribe que ésta consiste en «hacer enmudecer a lo que es ruidoso, (en) enseñar a escuchar a lo que se complace en sí mismo, (en) dar nuevos deseos a las almas rudas, (en) enseñar la delicadeza a las manos torpes y la duda a las manos apresuradas. Enseña por tanto el silencio de la lectura, la atención y la humildad de la lectura».³

Como mediadores entre los niños y los libros, lo que los maestros y los bibliotecarios enseñamos es el arte de una actividad que aparentemente no da nada, que no hace otra cosa sino enriquecer a cada uno de sí mismo, «desvelar lo que cada uno es y lo que tiene de mejor, elevar a cada uno a su propia altura, procurar en suma que cada uno llegue a ser el que es».

La lectura teje con hilos sutiles un camino difícil de adivinar. Itinerario que está «lleno de rodeos y azares, de divagaciones y extravagancias, de acercamientos y alejamientos».⁴

De poco sirven las prácticas educativas de funcionamiento homogéneo, los métodos del *vale para todos*. Leer es viajar a un territorio desconocido. Adentrarse en un país sin límites ni fronteras, en el que no existen reglas ni prohibiciones. El viajero debe ser valiente y arriesgado, curioso y dúctil, autoexigente y atrevido; dispuesto a internarse por caminos inseguros, allí donde no hay sendas trazadas.

Como maestros de lectura, incitamos al viaje. No buscamos hacer discípulos obedientes, sino viajeros que buscan, y buscando se alejan de nosotros. Sólo podemos dar algunos consejos para iniciar el viaje. Unas veces, éste será apacible y tranquilo; otras, tortuoso y arriesgado; siempre singular. Ya en marcha, ensayar, preguntar, poner a prueba al camino mismo.

³ LARROSA, JORGE. *La experiencia de la lectura*. Laertes, Barcelona, 1996. Pág. 254.,

⁴ Op. cit. pág, 255, 256.

Echemos la vista atrás un momento. Cuando éramos uno de ellos, en nuestros tiempos de estudiantes, los libros fueron primero el gran entretenimiento, cuando exhaustos por el esfuerzo nos tumbábamos a la orilla del río después del baño. Buscábamos remedio al aburrimiento y refugio en las tardes largas del domingo, en el invierno eterno. La alegría rotunda y desenfadada en el paisaje moral de un país gris y somnoliento. La promesa de aventuras sin fin a bordo de un barco en el océano inmenso, cuando la libertad era un espejismo.

La lectura nos capturaba y nos llevaba a un universo lleno de promesas, que se cumplían desde el momento mismo en que abríamos el libro; suprimía el pueblo en que vivíamos, su grisura y sus ruidos; el mundo entero desaparecía al poco de iniciar la lectura. El paso lento de las páginas se iba convirtiendo luego en avidez loca y exaltada que nos arrebatava. Era el placer inmenso de las primeras lecturas, atolondradas y febriles, cuando seguíamos el hilo de los acontecimientos que cautivaban nuestra atención, para detenernos apenas en un dato llamativo, en una anécdota curiosa; deseando saber a toda costa la solución del enigma. Leer a tumba abierta, a corazón abierto; sin las interferencias que el lector adulto experimenta. Leer, más tarde lo sabríamos, como nunca más volveríamos a leer.

Hasta que, un día, nos asaltó la sorpresa de unas palabras que nos sonaban distintas a las que hasta entonces habíamos leído. Su impacto provocó una especie de terremoto interior que alimentó nuestro deseo de sumergirnos más aún en aguas profundas.

Dickens, London, Stevenson, Baroja. Pero también, Julien Green, Stendhal, Hermann Hesse, Kawabata, Somerset Maugham.

El descubrimiento inesperado de que había otros libros. Libros escritos no solo para entretenerse y matar el tiempo, para distraerse y huir, sino para encontrarse a uno mismo en las páginas que otros habían escrito. Libros que eran como agua fría, como un latigazo, como una sacudida. Libros como botellas que llegan, desde una isla remota, a las orillas de nuestra costa, con un mensaje en su interior que pedía ser descifrado. Intuíamos que tratar a Moravia o a Zweig nos otorgaba una categoría de la que hasta entonces carecíamos, una mirada distinta sobre las cosas y la gente.

Fue entonces, en esos momentos cruciales en los que andábamos buscando un sentido a nuestras vidas, y fuerza para enfrentarnos a las verdades íntimas y dolorosas que empezábamos a intuir, cuando nuestros ojos se volvieron más escrutadores y nuestras almas menos apacibles, más taciturnas y sombrías.

Pero también, recuerda, en su compañía nos crecía dentro una satisfacción intensa, una suerte de plenitud que nunca antes habíamos sentido. Y nos invadía el orgullo de haber desvelado un secreto, la sensación de pertenecer a un círculo secreto.

¿Qué hacer entonces para fomentar el hábito de la lectura?

¿Qué hacer con los libros, y por los libros? «Nada salvo leerlos y gozarlos una y otra vez – recomienda Daniel Goldin. O, mejor dicho, nada que no vaya encaminado a ese fin, es decir, a invertir tiempo en una lectura que tiene mucho de contemplación, de

divagación morosa, de fantaseo gratuito».⁵ Si a alguien le interesa escuchar otras voces, lo que debe hacer es leer de manera asidua y con la mayor intensidad posible.

Una buena guía de lecturas, tiempo y silencio. Si somos maestros, además, una actitud de confianza en las posibilidades de los alumnos y en la capacidad de los libros para llegar al interior de las personas.

Dejemos que hablen los libros. Los profesores no tenemos que estar demostrando permanentemente todo lo que sabemos. En lugar de alardes magistrales, de análisis microscópicos o de interpretaciones rebuscadas, reservemos tiempo para la lectura personal. Que ésta sea paladeo, lenta degustación, deleite.

Porque el contacto con los libros estimula la práctica del fantaseo y la ensoñación, en efecto; pero, también, la reflexión y el pensamiento. En los buenos libros encontramos una fuente inagotable de sentido, un espacio para la conversación con otras voces en una charla íntima, que se acaba convirtiendo en un diálogo con una parte de nosotros mismos hasta entonces desconocida.

No es a fuerza de ejercicios y más ejercicios en torno a los libros, ni de complicadas reglas técnicas, como obtendremos mayores beneficios. Por alguna razón misteriosa, un libro y no otro se convierte en una experiencia significativa para un lector y no para otros. Por algún motivo que desconocemos, unos libros tocan las fibras sensibles de unas personas, mientras en otras no provocan sino indiferencia.

¿Qué hicieron los maestros que, en el tema de la lectura, dejaron huella en sus alumnos?

Tal vez, nada extraordinario. Primero, les enseñaron a leer correctamente, con textos que hablaban de cosas que les concernían. Les contaron hermosos cuentos, todos los cuentos. Luego, les protegieron de la avaricia del libro escolar, para el que todo es poco; y buscaron tiempo para que pudieran leer libremente.

Abrieron las vitrinas donde estaban guardados, intactos, los libros y los pusieron al alcance de sus manos. Se esforzaron en buscar nuevos y hermosos libros: libros de aventuras, libros de poesía, de conocimientos, de arte, álbumes ilustrados, historietas. Les leyeron en voz alta historias que a ellos mismos les fascinaban, y su voz los embelesaba.

Conocían los gustos de cada uno de ellos, las preocupaciones que les inquietaban; y les recomendaban el libro más apropiado en cada momento. Les animaron a compartir sus lecturas preferidas con los compañeros, pero respetaron su silencio cuando no les apetecía hablar; porque muchas veces, en los rescoldos de la hoguera, tras la lectura, encontraban el mayor deleite.

Sin que se supiera muy bien cómo, ayudaron a que sus lecturas dialogaran y se enriquecieran unas a otras. Con astucia de zorro viejo, les hablaron de libros poco recomendables para su edad, que buscaban luego con urgencia. Sus alumnos les vieron muchas veces ensimismados con un libro en las manos. Hablaron poco pero sabiamente sobre sus libros preferidos, porque conocían cuán precioso es el tiempo de leer. Les contagiaron en fin su pasión y su entusiasmo.

⁵ GOLDIN, DANIEL: *El álbum, un género editorial que pone en crisis nuestro acercamiento a la lectura*. En *Nuevas hojas de lectura*. Nº 12. Septiembre de 2006. Pág. 15.

De la biblioteca y la cultura

Estoy convencido de que las bibliotecas son una necesidad de primer orden, y de que deberían ocupar un lugar que no ocupan, en los centros educativos, en las ciudades, en los pueblos. Y lo son muy especialmente para los niños y los jóvenes menos privilegiados; para quienes se mueven en un ambiente de carencias sociales, económicas, culturales. Para aquellos que viven en casas en las que no hay libros; allí donde nadie lee ni habla de lecturas, en los barrios marginales de las ciudades, en las casas de los inmigrantes con otras necesidades más acuciantes que la compra de un libro.

¿Qué podemos hacer los profesores, los bibliotecarios, los padres, ante la capacidad de seducción y de convicción de las nuevas formas de ocio y de diversión, y de su fuerza *educativa*? ¿Qué empeños podemos probar ante el poder casi ilimitado de la publicidad?

Seguir intentando poner la cultura al alcance de la mayoría. El acceso de todos a lo más hermoso de la música, la literatura, el cine, el teatro; lo más apasionante del pensamiento, el conocimiento científico, la comunicación de valores éticos y estéticos. En eso consiste nuestra labor: en combatir la mediocridad y el mal gusto, en mostrar que existen otras maneras de ser y de pensar, en incitar a nuestros alumnos a elevar el listón de sus gustos y preferencias.

George Steiner sostiene que ser profesor es arrogarse ese derecho, el de decirles a nuestros alumnos: «Te voy a hacer amar un texto bello, una bella música, las altas matemáticas, la Historia, la filosofía».⁶

Creo que el milagro es posible, y que se puede producir mediante la sencilla liturgia de la lectura. En una escuela de pueblo, en la biblioteca de un instituto, en una pequeña biblioteca de barrio; en el cuarto de un niño, bajo la luz de un flexo a altas horas encendido.

No esperemos cambios espectaculares, conversiones multitudinarias. Si acaso, modestos cambios individuales, en un suave goteo fruto de la constancia y del trabajo bien hecho.

Para que esto suceda es necesario contar con profesionales convencidos de la trascendencia social de su trabajo.

Recordad la piedra en el estanque de la que habla Gianni Rodari en *Gramática de la fantasía*. «Una piedra arrojada a un estanque provoca ondas concéntricas que se ensanchan sobre su superficie, afectando en su movimiento, con distinta intensidad, con diversos efectos, al nenúfar y al junco, al barquito de papel y a la balsa del pescador».⁷

Pienso en los amigos de Palavras Andarilhas, en los del Salón del Libro de Pontevedra, en los de Arenas de San Pedro, los de Guadalajara, los de Ballobar.

Debemos encontrar el estímulo para hacer las cosas bien hechas. Ser conscientes de que nuestro trabajo no es una actividad neutral. Que no da igual lo que hagamos o dejemos de hacer. Que el detalle más pequeño repercute en todo lo que está a su

⁶ STEINER, GEORGE: *La barbarie de la ignorancia*. Taller de Mario Muchnik. Barcelona, 2000. Pág. 67.

⁷ RODARI, GIANNI, *Gramática de la fantasía*, Reforma de la escuela, Barcelona, 1979. Pág. 10.

alrededor. Ser como la piedra en el estanque de Rodari; como el canto rodado del que habla el poeta José Agustín Goytisolo, pacientes y obstinados, capaces de transmitir a los alumnos el amor y la pasión por lo que enseñamos:

«Como la piedra, amigos,
como el canto rodado,
en perpetuo combate
con el agua y los años.

Sí, sed como la piedra,
como el canto rodado:
puros y resistentes,
terribles y obstinados.»

Beja, 20 de septiembre de 2007.